

Universidad del Salvador  
Facultad de Historia y Letras  
Carrera de Letras

*TESIS DOCTORAL*  
*“LA PRESENCIA – AUSENCIA*  
*DE DIOS EN LA*  
*LITERATURA URUGUAYA”*

SELECCIÓN DE AUTORES Y OBRAS

Doctorando: Milton Hernán Bentancor

Directora: Doctora Ana Benda

Buenos Aires, 2000

## ÍNDICE

♦ Introducción .....	página 04
♦ Capítulo I “Orígenes de la literatura uruguaya” .....	página 13
♦ Capítulo II “Segundo período romántico” Juan Zorrilla de San Martín: “ <u>Tabaré</u> ” .....	página 24
♦ Capítulo III “Generación del ‘900” José Enrique Rodó: “ <u>Ariel</u> ” .....	página 41
♦ Capítulo IV “Generación del Centenario” Francisco Espínola: “ <u>Cuentos</u> ” .....	página 58
♦ Capítulo V “Generación del ‘39” Juan Carlos Onetti: “ <u>El pozo</u> ” .....	página 80
♦ Capítulo VI “Generación del ‘60” Mario Benedetti: “ <u>La tregua</u> ” .....	página 99
♦ Capítulo VII “Generación de los ‘70” Héctor Galmés: “ <u>Necrocósmos</u> ” .....	página 129
♦ Consideraciones finales .....	página 156
♦ Apéndice I La obra inédita de Héctor Galmés .....	página 171
♦ Apéndice II “Texto completo del cuento “ <i>Rodríguez</i> ” .....	página 183
♦ Bibliografía .....	página 188

## AGRADECIMIENTOS

Estas páginas las debo abrir con un profundo y sincero agradecimiento a la doctora *Ana Benda*, mi directora de tesis, quien dedicó tiempo y cariño a esta tarea. Su apoyo fue fundamental para que, pese a la distancia, pudiera continuar con la empresa iniciada. Sus consejos fueron extremadamente útiles para lograr un producto digno del grado académico al que aspiro. Sus conocimientos compartidos fueron profundamente valiosos para aprehender los aspectos que ya la inexperiencia, ya la omisión me hacían pasar por alto.

Para ser justo debería agregar una larga –muy larga– lista de personas que desde el salón 202 de la U.C.U.D.A.L hasta hoy, de una u otra manera ayudaron para que este sueño se haga realidad. Pido disculpas por la omisión de los nombres en esta página, pero ustedes y yo sabemos a quiénes me refiero.

Agradezco públicamente a mi familia y a mis padres, quienes en cada momento –fundamentalmente en los difíciles, que fueron muchos– estuvieron a mi lado. Siempre fueron una valiosa consulta, una visión precisa, una colaboración segura.

Finalmente, “muchas gracias” a Norma, por todas las horas que le robé.

Sencillamente, hubiera sido imposible sin la colaboración de cada uno de ustedes, por eso: Gracias.



# INTRODUCCIÓN

USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

Hay temáticas que cualquier casa de estudios superiores permitiría que sus alumnos investiguen. Hay otros temas que solamente algunas universidades se animarían a aceptar. Pero hay asuntos que ciertas universidades privilegian, porque hacen a la razón misma de su existencia. Esta es una de esas tesis que –mucho más allá del investigador, de sus capacidades y de sus hipotéticos logros- la Universidad del Salvador apoyó desde el planteo inicial, por entender la función que le corresponde en el contexto actual de la cultura.

Notoriamente se percibe un decaimiento en todo lo concerniente a Dios, en los círculos cultos rioplatenses. Y cuando el ser humano comienza a modificar su escala de valores superiores, olvidando criterios y conceptos que fueron fundamentales en la formación de su cultura, ésta y la civilización misma amenazan con resquebrajarse, fracturarse y desmoronarse. Porque preservar y sostener la dignidad de la vida humana, sin aquellos aportes, parece una tarea titánica. Y los titanes nunca fueron mayoría.

Por eso, la literatura no debe olvidar su histórica postura axiológica ni desentenderse, como consecuencia, de un directo o indirecto alcance didáctico moralizador.

La elección temática para esta tesis conjunta dos criterios básicos: el primero, investigar en una de las grandes literaturas latinoamericanas, tradicional y generalizadamente considerada como la más agnóstica de ellas, y el segundo, no quedar en el logro cuantitativo de enumerar en cuántos y cuántas veces se alude a Dios y lo religioso en ella, sino en alcanzar lo cualitativo mediante el estudio de la dicotomía que supone la presencia – ausencia de la figura y referencia divina.

Mi intención es rastrear y presentar la progresión o evolución de esta dualidad a lo largo de toda la historia de la literatura uruguaya, a través de selectos exponentes. En este camino, deseo transparentar tanto la presencia de Dios como su ausencia.

Quizás una primera crítica que se formule sea que estoy en un terreno limítrofe entre la literatura y la religión; y como quien deambula por la frontera entre dos países, desde ambas posiciones me estarán observando con desconfianza. Pero en este terreno fronterizo, que como tal es tierra de nadie, personalmente me siento como en la tierra prometida.

Investigar dónde está Dios en la obra de algunos de los más grandes escritores uruguayos supone un trabajo similar al de salir a buscar algo pequeño en una noche oscura y sin ninguna luz que nos dirija o nos facilite la tarea. Con la diferencia de que en este caso se busca algo enorme, no sólo por su valor sino por su trascendencia.

De todos modos, sé que nuestro mundo no tiene ningún interés en tratar con inquisidores que lo condenen, sino con exploradores que lo comprendan. Intentaré realizar una búsqueda diligente y cordial, interrogando la realidad con los ojos de mi fe.

En este aspecto específico intento seguir las pautas filosóficas marcadas por Charles Moeller en su magnífica obra "Literatura del siglo XX y cristianismo", en la que el religioso dialoga con cada uno de los grandes autores de la literatura universal que estudia, creyentes o no, con una claridad y una calidad que permiten y sugieren el encuentro franco, sincero y fraterno.

Creo que a él le duelen los silencios, lo afligen las posturas erradas y lo apenan los malos entendidos sobre la figura divina, pero acompaña a cada uno observándolo con respeto y amor cristiano. Ese es mi objetivo.

Charles Moeller comienza su obra presentando una narración creada por Julio Verne, en la que cuenta cómo tres náufragos que habitan una isla que creen desierta, un día cualquiera observan unas extrañas huellas en la arena. Las figuras que quedan marcadas en la playa hacen notar fácilmente que el autor de aquéllas los ha ayudado

de diversas maneras, pero frente a esta misma realidad, cada uno de los desventurados reacciona de manera diferente.

El primero las niega. Aunque las ve, las puede examinar e incluso disfruta de los beneficios que supone el accionar de quien deja sus huellas en la playa, las niega. El segundo no llega a tal extremo, pero luego de pensarlo llega a la conclusión que son una simple casualidad, que el azar ha manejado la realidad y las consecuencias son las marcas que observa. El tercero, después de meditarlo, no tiene dudas con relación a la presencia de un ser diferente, quizás superior a ellos, que por alguna razón extraña y para él incomprensible, los ayuda sin que lo merezcan.

Si aplicamos esta corta historia a la realidad uruguaya —el pensamiento de sus habitantes en general y de sus literatos, en forma puntual— parecería que estarían representados en el primero o el segundo de los náufragos, según es tradicionalmente aceptado. Creo que es una generalización y que como tal falla, porque los casos específicos marcan algunos rasgos distintivos que la echan por tierra.

Ciertamente, tanto dentro como fuera de las fronteras uruguayas la idea que predomina en relación con la religiosidad del pueblo oriental es la misma: que es pobre y está alejada de las formalidades de las religiones tradicionales. Aunque la premisa que podría desprenderse de este concepto sería que en el presente trabajo corrobora esta idea, debo dejar claramente expresado que creo que hay en el pueblo uruguayo un sedimento de fe mucho más importante de lo que comúnmente se supone.

No desconozco que el acercamiento a lo divino muchas veces recorre caminos diferentes a los propuestos por las religiones tradicionales, dándole un lugar importante a las formas místicas originadas en África o en el Lejano Oriente. Pero definitivamente, muestran la búsqueda de caminos espirituales.

En los aspectos netamente literarios relacionados con esta investigación, menciono que aunque no debe existir una tarea más desagradable y que –al mismo tiempo– dé motivo a más discusiones que la división en etapas o generaciones de la historia literaria de un país, no hay medio más claro y didáctico para observar la evolución y las diferencias que existen entre los distintos grupos de autores. Por eso he dividido en diez momentos o períodos la historia de la literatura uruguaya. No todos tienen la misma importancia ni son integrados por autores del mismo nivel, pero, dentro de las posibilidades, recibirán un trato igualitario en estas páginas.

Cada uno de estos períodos está enmarcado en circunstancias sociales y políticas –tanto en el ámbito nacional como en el mundial– que deben ser tomadas en cuenta en cuanto contribuyan a determinar (por lo mínimo, vislumbrar) los porqués de su manifestación en la obra del autor de turno; al igual que la realidad filosófica – doctrinal que el autor sostuviera.

De cada una de estas promociones hago el esfuerzo por escoger un autor. Naturalmente que sería un placer poder espaciarme tranquilamente en cada uno de los buenos autores que la literatura oriental<sup>1</sup> ha dado, pero hay un límite –las tapas de este volumen– que no puedo pasar por alto. Al mismo tiempo, creo que sería poco serio y bastante antojadizo estudiar tres o cuatro autores de algunas generaciones y ninguno de otras. Para intentar ser lo más equilibrado posible, opto por un autor representativo de cada época. Como toda elección, puede ser discutida. Pero creo que metodológicamente es acertada.

Al mismo tiempo, quizás críticos con mayor conocimiento puedan señalar la ausencia de tal o cual escritor en la lista final, pero no tengo dudas respecto de que en ninguna selección podrían faltar los nombres escogidos para este trabajo. Todos ellos son figuras importantes de las

---

<sup>1</sup> El término *oriental* es usado comúnmente para denominar lo que tiene origen uruguayo.



letras uruguayas y ocupan un lugar de privilegio en la historia cultural del país.

Por otro lado, la presentación cronológica de los autores, además de permitir una comparación más rápida y sencilla de las características de cada uno de ellos, me permite esbozar –al tiempo que analizo el tema central- una historia esquemática de la literatura uruguaya.

Creo que aquellos que se han acercado a la temática divina en la literatura, de diferentes maneras y con diversas intenciones, se han enfrentado con un asunto complejo, pues han trabajado con asuntos muy cercanos a la fe y a las creencias religiosas de millones de personas.

Por otro lado, la simple mención del vocablo trae un sin fin de ideas, connotaciones, pensamientos, historias, conceptos, posturas personales y heredadas. Pocas palabras tienen una fuerza intrínseca tan fuerte y palpable; y creo que cada investigador inicia su jornada con toda esa carga sobre sus hombros.

Frente a esta realidad, quien estudia tiene que optar por la manera en que enfrentará esas aristas más complicadas. Una de las formas es intentar trabajar con la premisa de que Dios será para él –en esa investigación, al menos- nada más que un personaje literario, al igual que Hamlet o el Quijote. Pero existe una diferencia profunda e importante: nadie adora a Hamlet ni al Quijote, ni toma a estas obras como textos sagrados. No se puede discutir la profundidad humana que estos personajes tienen ni la calidad artística de los textos, pero no son más que seres literarios.

Si bien es cierto que la Biblia podría ser tomada como la obra que contendría al “personaje Dios”, éste ha sobrepasado los límites impuestos por el texto, a veces contraponiéndose y casi siempre superando a los antes mencionados quienes, fuera de las maravillosas páginas que los cobijan, no tienen vida propia, ya que la adquieren ficcionalmente.

Al mismo tiempo, es importante señalar que mi estudio no es bíblico. Por más que parta de conceptos basados en una lectura personal del libro sagrado, no analizo ni las ideas de los autores bíblicos ni las reglas de fe propuestas por las diferentes religiones o iglesias.

Todo ser humano organiza su imaginario de Dios. Cada uno lo estructura de un modo particular. Por eso podría afirmar que cada uno de nosotros tiene un Dios distinto. Lo podemos llamar por el mismo nombre, lo podemos tratar de la misma manera al confesar nuestras inquietudes, lo podemos imaginar con características e ideas similares, pero siempre habrá algún elemento en el que el Dios de uno se diferencie del de los otros.

Partiendo de mis ideas, lecturas y posturas no busco a Dios como un personaje más en las obras que analizo, sino intento indagar qué piensan, qué sienten, qué ideas presentan, qué lecturas realizan, qué posturas sostienen los autores con los que dialogo. Creo que esta elección enriquece profundamente mis momentos de análisis.

Por formación, educación y convicción parto en esta búsqueda con el bagaje de las ideas nacidas del concepto bíblico tradicional. Es decir, es el Ser Creador, Sustentador y Salvador; es todopoderoso, omnipresente y omnisapiente. Esas concepciones, más abstractas y generales, se aúnan con las ideas de cercanía, interés personal y particular por cada uno de sus hijos. Así, ese Ser que todo lo puede es, al mismo tiempo, un amigo preocupado por los más mínimos detalles.

Estos conceptos, tan personales y subjetivos, seguramente se reflejarán en la tesis a la hora de valorizar posturas, analizar conductas y reflexionar sobre comentarios de los autores realizados a través de sus personajes.

A lo largo de la investigación intento no caer en la crítica innecesaria desde el punto de vista doctrinal. Por el contrario, me esfuerzo por mantener una postura ecuménica y respetuosa de las ideas que son presentadas en las diferentes obras, tratando de

enriquecer mi propia idea divina con esos matices nuevos presentados por los autores estudiados.

Es lógico pensar, después de leer los comentarios realizados en los renglones precedentes, que con quienes se me hace más complejo y complicado el diálogo es con quienes tienen una postura agnóstica o atea, pero incluso de ellos aprendo maneras y caminos para relacionarme con Dios.

La negación es una puerta abierta que invita a analizar las razones en las que se funda. En algunos casos es fácil reconocer un inconformismo espiritual con los planteos realizados por las religiones tradicionales. En otros, parece que el dolor continuo e innecesario que vivimos en este mundo es un motivo más que suficiente para dejar de creer que existe un Dios; es como que la realidad que nos rodea es tan sofocante que no permite ni siquiera pensar en una opción mejor. Para otros el problema se reduce a la distancia cósmica que parece separar al hombre del Cielo. Los motivos o razones se multiplican con la misma rapidez y en la misma proporción en que se suman las ideas –por así llamarlas, “positivas”- relacionadas con Dios.

Los últimos comentarios que deseo realizar en estas palabras de introducción están relacionados con las ideas que los niños tienen al acercarse a Dios en las páginas analizadas.

Debo señalar que hay pocos infantes en los textos estudiados, pero que cada uno de ellos abre una ventana nueva que permite mirar hacia el Cielo con ojos diferentes y encontrar estrellas que nunca nos habían llamado la atención.

Son estas criaturas, diferentes y minoritarias en las páginas analizadas, las que marcan otro rumbo. Tan notoria es esta diferencia entre niños y adultos, que se puede decir que los pocos mayores que se diferencian del resto, tienen la capacidad de mirar la realidad con ojos infantiles y creer –como los niños- en que los sueños se pueden transformar en realidad.

En esta lista aparecen Tabaré, el extraño indio que como eterno niño busca a su madre muerta en las páginas escritas por Zorrilla de San Martín, el niño sin nombre del cuento **Las ratas** y Luis María, el huérfano de **Pedro Iglesias** entre las obras de Espínola. No sería forzado agregar a esta nómina a Laura Avellaneda, la joven enamorada de *“La tregua”*. Todos ellos se animan a presentar ideas diferentes a las que sostiene la mayoría. Todos ellos se animan a mirar al Cielo con ojos cargados de esperanza.



USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR



## **CAPÍTULO I**

**ORÍGENES DE LA LITERATURA URUGUAYA**  
(1726 – 1800; 1800 – 1810;  
1810 – 1840; 1840 – 1875)

USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

Para estudiar los primeros años de la literatura uruguaya un investigador puede elegir entre dos opciones. La primera es dedicar varios capítulos a examinar los autores más representativos de esas generaciones literarias. La segunda posibilidad consiste en realizar un comentario general sobre estos años formativos, con una fuerte tendencia hacia la historia literaria, sin demasiado detenimiento en ninguno de los creadores que vivieron en aquellas épocas.

Yo he elegido ésta última; porque si bien es cierto que obviaré algunos nombres dignos de mención, ninguno de ellos modifica sustancialmente la historia de las letras uruguayas. Por otro lado, toda la producción literaria aparecida en este período tiene más valor histórico que artístico. Son más documentos de una nación que se esforzaba por encontrar su propia identidad que creaciones literarias.

En el pensamiento anterior sigo al primer crítico importante que tuvo, más allá de algunos comentarios de sus posteriores colegas, la cultura uruguaya: Alberto Zum Felde. Fue la voz original y autorizada que marcó una época de la crítica del saber oriental. Su gran inteligencia, acompañada de una notable claridad de pensamiento y un definido método de trabajo hicieron de este intelectual la figura más importante en este campo del conocimiento que tuvo nuestro país. Desde el momento en que deja el magisterio, las voces y las opiniones se diversifican y en este trabajo de investigación opto por la que me parece más acertada para cada momento particular. Entre los posibles críticos a tener en cuenta resalto a Emir Rodríguez Monegal, Angel Rama, Carlos Real de Azúa, Carlos Maggi y Enrique Rodríguez Barilari.

Siguiendo a Zum Felde, señalo cuatro generaciones en las que se puede dividir este primer período histórico.

La primera generación la denomino la de la **fundación e inicio** y ocupa el período demarcado por los años 1726 y 1800.

En el primer año señalado, don Bruno Mauricio de Zabala culmina la fundación de la ciudad de Montevideo con unas pocas familias de origen español y el único fin de que fuera la plaza fuerte que delimitara las ansias de colonización de todos y cualquier imperio diferente del español que en aquellos años miraban con interés las costas orientales del río Uruguay.

Esta característica fundacional, el ser una plaza fuerte, tendrá su efecto inmediato en el aspecto cultural, ya que lo concerniente a este tema no tendrá mayor importancia –por no decir ninguna- durante muchos años. La clase de personas que vivían allí, en la única villa del extenso monte que era en aquel momento la Banda Oriental, no era del tipo que se interesara por estar al tanto de las últimas corrientes artísticas y culturales de Europa y, al mismo tiempo, a la Corona y a sus representantes en esta zona del mundo tampoco les interesaba demasiado que el Río de la Plata en general –y Montevideo en particular- se transformara en un foco cultural.

En razón de esto, el nivel cultural era paupérrimo, si es que se puede decir que existía algún tipo de cultura. Esto es más claro aun si lo comparamos con la realidad del saber y el conocimiento en ciudades como Lima, Bogotá o México, que para estos años ya habían dado, no sólo a sus países, sino al mundo occidental autores y artistas de real valía. Esto también es lógico si se piensa que para España era primordial no sólo colonizar, sino también conquistar culturalmente las zonas –como el Perú- ricas en oro y plata; lo que además atrajo a una serie de personas cultas e interesadas en crecer económicamente.

Este complejo juego de intereses tuvo como consecuencia que a los pocos años de la conquista y colonización, en aquellas ciudades floreciera una cultura muy rica a la sombra de universidades que estaban al mismo nivel que las europeas, ya que los catedráticos eran –en muchos casos- los mismos que dictaban sus cursos de uno y otro lado del Atlántico.



La educación que se imparte en la primera institución educativa montevideana es –obviamente– religiosa, y no demasiado buena según señalan los diferentes críticos. De todos modos, en esos años surgen algunos hombres ilustres, que son el resultado de sus propias lecturas. Pero lo que hay que reconocerle a aquella primitiva casa de estudios – fundada por los jesuitas y luego dirigida por los franciscanos– el humanismo que inculcó en sus alumnos. Esta amplitud de criterio y libertad de pensamiento permitió que aquellos jóvenes se encontraran con el pensamiento de filósofos europeos muy importantes, como pueden ser los sajones que leyeron, sin lugar a dudas, personalidades como Dámaso Antonio Larrañaga o José María Monterroso y que fueron la base filosófica sobre la que se organizaron las famosas y para su época muy adelantadas Instrucciones del año XIII, que firmadas por José Gervasio Artigas, como Jefe de los orientales, viajaron hasta la ciudad de Buenos Aires para el congreso que se desarrolló en 1813.

Durante todo este período, y la sinceridad obliga a incluir al siguiente, no se puede hablar de literatura uruguaya; apenas se podría esbozar una mínima idea de lo que fue la literatura escrita en estas tierras. Básicamente me refiero a las imágenes que quedaban en la mente de aquellos viajeros que llegaban a estas latitudes y que, impresionados por lo visto y vivido, dejaban alguna idea plasmada en el papel.

Luego de esta primera época, fundacional y originaria, al siguiente momento se lo podría denominar como la **primera generación criolla** y abarca el período que ocupan los años 1800 a 1810.

En esta década entró en escena el primer grupo de hombres cultos de estas tierras, tales como Pérez Castellano, Dámaso Antonio Larrañaga, Fray Benito Lamas, Juan Pedro Martínez y Prego de Oliver, un español muy identificado con los temas culturales de la pequeña comunidad que iba creciendo en la costa oriental del Río de la Plata.



Con ellos aparecieron los primeros esbozos de cultura literaria, a los que se les debe dar sólo el valor real que tienen: documentos de una época. En lo que se refiere a los aspectos netamente literarios, no tienen mayor interés, y menos si se los compara con lo que en el resto del mundo se estaba produciendo, incluso desde épocas anteriores.

De todos modos, son los primeros pasos que daba esta nueva cultura y como tales hay que tomarlos. Es en esta época en la que se representa la primera obra teatral en la ciudad de Montevideo. Tomando como base histórica el tema de las invasiones inglesas y la reconquista por parte de las fuerzas leales a la corona española de la ciudad de Buenos Aires, el padre Juan Pedro Martínez escribe "La lealtad más acendrada o Buenos Aires vengada". Más allá del extenso y neoclásico título y del tema tan actual para el momento del estreno, debo decir que es una obra de escaso valor literario.

La cultura uruguaya sigue en formación. No hay elementos de real importancia desde el punto de vista literario. La única razón por la que ocupó algunos párrafos para señalar estos años como una época separada y diferente de la anterior, es porque aparecen en la escena cultural de nuestro territorio los primeros hombres que se formaron aquí.

A la tercera generación en que divido la historia de la literatura uruguaya para este estudio, la denomino la **época de oro del coloniaje** y ocupa los años 1810 a 1840.

Aunque el nombre suene pomposo, el período lo merece porque estos años fueron muy importantes en la formación de nuestra identidad cultural.

Es el momento de la irrupción de la poesía gauchesca, con cielitos, milongas, tristes, vidalas y diálogos. El autor más importante

para este tipo de creaciones es Bartolomé Hidalgo, el poeta de la patria vieja.

Al mismo tiempo, y compartiendo los lugares de mayor importancia en la realidad cultural de aquellos días, aparece un personaje muy interesante de la historia literaria del país: Francisco Acuña de Figueroa. Por el momento simplemente anuncio que mientras a Bartolomé Hidalgo se lo puede nombrar como el fundador de toda la corriente campera de nuestra literatura, a Acuña de Figueroa se lo debe señalar como el iniciador de la corriente ciudadana. Estos son los esbozos primigenios de las dos tendencias que se desarrollaron en forma paralela durante toda la historia literaria del país y que a lo largo de los años fueron dándose y quitándose el lugar de privilegio entre los creadores.

Tratando de mantener un orden cronológico en los acontecimientos relevantes para la historia que bosquejo, debo señalar el año 1816 como el momento en que se publica el primer impreso literario de autor nativo aparecido en el país. Naturalmente es un hombre de la primera generación criolla, el padre Dámaso Antonio Larrañaga, quien produce un folleto de 16 páginas que tituló: "Oración inaugural de la Biblioteca Pública de Montevideo". Esta pieza no tiene un marcado interés literario. Sirve más como un documento histórico que permite pensar en la valentía de un grupo de hombres que se da el tiempo para fundar una biblioteca pública en medio de la guerra por la independencia.

En este mismo tenor debo decir que los escritos más interesantes que surgen en esta época no son los que intentaron ser literatura –en el sentido de obra artística– sino aquéllos que tuvieron un trasfondo social, una motivación científica o política.

El mejor ejemplo que presenta la historia sobre este punto, es la comparación que se puede realizar entre dos obras del ya mencionado

padre Dámaso Antonio Larrañaga. Pese a que se esforzó en realizar una obra de neto carácter artístico cuando creó aquella "Oración...",

logró el mejor nivel cuando redactó su diario del "Viaje de Montevideo a Paysandú". Repleto de datos interesantes, observaciones científicas precisas, comentarios muy acertados sobre piedras, plantas y animales, tiene algunos párrafos de alto contenido artístico. Por ejemplo, el efecto de la tensión dramática que de un modo natural y casi infantil, va en aumento a lo largo de toda la obra hasta que el narrador llega a la presencia del gran personaje de la misma: el general José Gervasio Artigas. La famosa descripción que realiza del campamento del Jefe de los Orientales y de la primera noche que comparte allí es de un nivel literario tal, que sorprende gratamente al lector por su tono, vocabulario y calidad creativa.

En el año de 1816 aparece una producción muy interesante del ya mencionado Bartolomé Hidalgo, titulada "Sentimientos de un patriota". Esta creación manejaba la técnica audiovisual, ya que mientras el poeta, acompañado por los sonidos de su guitarra, recitaba los versos de la pieza literaria, en otro sector del escenario se mostraba la escena cantada en cuadros mudos y estáticos. Aunque es elemental señalar la sencillez del trabajo escénico, muestra un importante avance –quizás descubrimiento– por parte de nuestros autores nacionales.

Los dos ejemplos que he mencionado son suficientes para entender por qué es la época de oro del coloniaje, como propongo en su nominación. En este momento eclosionan, con un buen nivel creativo, tres corrientes importantes: la edad de oro del gauchaje, representada por autores como Hidalgo, la producción más representativa de la primera generación criolla, con creadores como el padre Larrañaga, y las creaciones de los iniciales autores ciudadanos, como Acuña de Figueroa. Todos estos factores sumados dan lugar al clasicismo

uruguayo, que aunque tímido, estuvo presente –de algún modo- en la historia literaria de nuestro joven país.

La primera obra que tiene un cierto interés literario es la pieza mayor de Francisco Acuña de Figueroa: "La Malambruna". Es un poema narrativo muy interesante en el cual el autor, que siempre fue un excelente y fino cultor de la ironía, además de reírse de varios de los personajes conocidos en la sociedad montevideana de aquellos días, desarrolla poéticamente el tema del enfrentamiento de los clásicos y los innovadores. Se mencionan con este término a los primeros románticos, quienes por aquellos años se animaban a ir abandonando –poco a poco, muy lentamente- las reglas, los temas y los tipos clásicos.

En esta divertida pieza da a conocer todo su caudal creativo mostrando cómo un grupo de viejas se prepara, ataca, pero finalmente pierde una guerra contra una sociedad de jóvenes mujeres, que por sus encantos naturales están dominando los sentimientos y las miradas de los hombres.

En síntesis, del periodo clásico uruguayo sólo se rescata algún trabajo de Acuña de Figueroa y la irrupción de nuevas temáticas que van a expandir el horizonte y renovar los ímpetus poéticos de los montevideanos.

Durante el año 1836 apareció en la ciudad de Montevideo un diario de neto carácter romántico, dirigido por el uruguayo Andrés Lamas y el argentino Miguel Cané. El título del era "El Iniciador". Este podría ser el hito que marca el inicio de la siguiente generación, que denominaré el **período romántico de la Defensa** y que abarca los años de 1840 a 1875.

Para entender este lapso histórico es pertinente recordar que en aquel momento, Buenos Aires era el centro político de la Confederación Argentina gobernada por Juan Manuel de Rosas. Este hecho histórico-político trajo como consecuencia la llegada a nuestra ciudad de los

exiliados de aquel gobierno, conocidos como “los pensadores”. Entre ellos, Esteban Echeverría y todo el romanticismo que había aprendido en Europa. Estos autores transformaron a Montevideo en el centro de su lucha contra Rosas. La presencia del “Tirano” y su forma de gobierno produjo como resultado esa falta de libertad tan necesaria para el espíritu romántico. Rosas fue muy importante para el romanticismo, puesto que hizo realidad viva la idealidad literaria de la época. Como Zum Felde dice: “Rosas es tan necesario a Mármol como la roca al oleaje”.<sup>2</sup>

Esta primera generación romántica se caracterizó por un arraigado espíritu religioso ya que sus integrantes habían sido educados por docentes católicos en su mayoría. De ahí que Andrés Lamas, por ejemplo, dijera: “Ninguna esperanza completa de mejora podemos abrigar, sino robusteciendo la creencia religiosa”<sup>3</sup>.

Pero al mismo tiempo, es bueno recordar que los románticos tenían un idealismo íntimo, que fue para ellos como una nueva fe, de cuyo culto ansiaban ser los paladines, sacerdotes y profetas. Básicamente, ambicionaban la libertad. Por eso pugnaron por lograr la independencia –no sólo política sino también artística- de España, aunque lo que hicieran realmente fuese cambiar los moldes y principios españoles por los franceses. En el fondo, copiaban de Francia del mismo modo que los clásicos lo habían hecho de España.

De todas maneras, en este primer romanticismo faltó toda manifestación de rebeldía metafísica, religiosa o social, tan común del otro lado del océano. El romanticismo vio, igual que el clasicismo, en la poesía una veta interesante para hacer política, y la usó; aunque no necesariamente política partidista.

---

<sup>2</sup> ZUM FELDE, Alberto. *Proceso intelectual del Uruguay*, Tomo 1. Ediciones del Nuevo Mundo, 1967. Pág. 119

<sup>3</sup> VARIOS. *Capítulo Oriental, la historia de la literatura uruguaya*. Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968 Pág.68.

El 25 de mayo de 1841, organizado por el jefe de la policía de la ciudad de Montevideo, y como festejo por el aniversario de la independencia (en Uruguay también se festejó durante mucho tiempo aquella fecha) se desarrolló un concurso literario donde se enfrentaron los clásicos y los románticos. El jurado estaba integrado por representantes de los primeros, pero la mayoría de los concursantes pertenecían a la segunda tendencia. En el marco de esta extraña competencia se entregó el premio mayor a José María Gutiérrez, el más clásico de los románticos. Cabe destacar que uno de los premios fue otorgado al casi eterno Francisco Acuña de Figueroa, que por su facilidad innata para acomodarse a las nuevas tendencias –no sólo en el terreno artístico- se sumó a la corriente romántica que llegó a Montevideo. Así, la batalla fue ganada por los innovadores, que de allí en más, cada vez con mayor claridad, dominaron la escena literaria y cultural del país.

La influencia francesa durante el siglo XVIII fue clara, y Uruguay –país bastante alejado del centro cultural del mundo- mantendrá ese magisterio cultural durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX. Tan clara es esta tutela artística y cultural que, desde 1840, todo lo que no es originalmente galo, es pasado por el filtro de la estética francesa antes de ser aceptado en estas latitudes.

A lo largo de todos estos años, formativos, básicos y elementales, diferentes autores y hombres cultos iniciaron el camino de las letras uruguayas. Pero no se puede hablar aún de literatura uruguaya. Para esto es necesario esperar hasta la aparición de la siguiente promoción romántica que estudiaré en el próximo capítulo.

Lo primero que debo mencionar en este párrafo final es que la mayoría de los creadores de este momento son frailes. Casi los únicos habitantes de la pequeña ciudad que tenían un nivel de instrucción superior. Esta formación teológica da, como fruto natural, una presencia manifiesta, incuestionable y evidente de la idea de Dios en los

diversos escritos, pero sería antojadizo tomar estas producciones como representativas de la literatura uruguaya que logró ocupar un sitio de privilegio en el contexto americano y mundial.



USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR